

do decir, y digo, que no sabe nadie lo mucho que importa. La otra cosa que hace mucho al caso es, que pelea con más ánimo: ya sabe, que venga lo que viniere, no ha de tornar atrás. Es como uno que está en una batalla, que sabe, que si le vencen, no le perdonarán la vida, y que ya que no muere en la batalla, ha de morir despues: pelea con más determinacion, y quiere vender bien su vida, como dicen, y no teme tanto los golpes, porque lleva delante lo que le importa la victoria, y que le va la vida en vencer.

3. Es tambien necesario comenzar con seguridad, de que, si no nos dejamos vencer, saldremos con la empresa: esto sin ninguna duda, que por poca ganancia que saquen, saldrán muy ricos. No hayais miedo que os deje morir de sed el Señor, que nos llama á que bebamos desta fuente. Estó queda ya dicho, y querríalo decir muchas veces, por que acobarda mucho á personas, que aún no conocen del todo la bondad del Señor por experiencia, aunque la conocen por fe. Mas es gran cosa haber experimentado con la amistad y regalo que trata á los que van por este camino, y como cási les hace toda la costa. Y los que esto no han probado, no me maravillo que quieran seguridad de algun interes. Pues ya sabeis que es ciento por uno, aún en esta vida; y que dice el Señor: «Pedid, y daros han.» Si no creéis á su Majestad en las partes de su Evangelio, que asegura esto, poco aprovecha, hermanas, que me quiebre yo la cabeza á decirlo. Todavía digo, á quien tuviere alguna duda, que poco se pierde probarlo, que eso tiene bueno este viaje, que se da más de lo que se pide, ni acertaremos á desear. Esto es sin falta, yo lo sé, y á las de vosotras, que lo sabeis por experiencia, por la bondad de Dios, puedo presentar por testigos.

CAPITULO XXIV.

Trata cómo se ha de rezar oracion vocal con perfeccion, y cuán junta anda con ella la mental.

1. Ahora, pues, tornemos á hablar con las almas que he dicho, que no se pueden recoger, ni atar los entendimientos en oracion mental, ni tener consideracion. No nombremos

aquí estas dos cosas, pues no sois para ellas, que hay muchas personas, en hecho de verdad, que sólo el nombre de oracion mental ó contemplacion, parece que las atemoriza; y por si alguna viené á esta casa, que tambien, como he dicho, no van todos por un camino. Pues lo que quiero ahora aconsejaros (y aún puedo decir enseñaros, porque, como madre, en el oficio de Priora que tengo, es lícito), es cómo habeis de rezar vocalmente, porque es razon entendais lo que decís. Y porque quien no puede pensar en Dios, puede ser que oraciones largas tambien la cansen, tampoco me quiero entremeter en ellas, sinó en las que forzado habemos de rezar (pues somos cristianos), que es el *Pater noster* y *Ave Maria*; porque no puedan decir por nosotras, que hablamos y no nos entendemos; salvo si nos parece que basta irnos por la costumbre, con sólo pronunciar las palabras, y que esto basta. Si basta ó no, en eso no me entremeto, los letrados lo dirán; lo que yo querría que hiciésemos nosotras, hijas, es que no nos contentemos con sólo eso, porque cuando digo *Credo*, razon me parece será que entienda, y sepa lo que creo; y cuando *Padre nuestro*, amor será entender quién es este Padre nuestro, y quién es el Maestro que nos enseñó ésta oracion. Si quereis decir que ya os lo sabeis, y que no hay para qué se os acuerde, no teneis razon, que mucho va de Maestro á maestro, pues aún de los que acá nos enseñan, es gran desgracia no nos acordar, en especial si son santos, y son maestros del alma, es imposible si somos buenos discípulos. Pues de tal Maestro, como quien nos enseñó esta oracion, y con tanto amor, y deseo que nos aprovechase, nunca Dios quiera, que no nos acordemos dél muchas veces, cuando decimos la oracion, aunque por flacos no sean todos.

2. Pues, cuanto á lo primero, ya sabeis que enseña su Majestad, que sea á solas (1), que así lo hacía Él siempre que oraba, y no por su necesidad, sinó por nuestro enseñamiento. Ya esto dicho se está, que no se sufre hablar con Dios, y con el mundo, que no es otra cosa que estar rezando, y escuchando por otra parte lo que están hablando, ó pensar en lo que se le ofrece, sin más irse á la mano. Salvo, si no es algu-

(1) *Clauso ostio ora Patrem tuum in abscondito.* (San Mateo, c. 6, v. 6.)

nos tiempos, que, ó de malos humores (en especial si es persona que tiene melancolia) ó flaqueza de cabeza, que aunque más lo procura, no puede, ó permite Dios dias de grandes tempestades en sus siervos, para más bien suyo; y aunque se afligen, y procuran quietarse, no pueden, ni están en lo que dicen, aunque más hagan, ni asienta en nada el entendimiento, sinó que parece tiene frenesí, segun anda desbaratado; y en la pena que da á quien lo tiene, verá que no es la culpa suya. Y no se fatigue, que es peor, ni se canse en poner seso á quien por entónces no le tiene, que es su entendimiento (1), sinó rece como pudiere, y aún no rece, sinó, como enferma, procure dar alivio á su alma, y entienda en otra obra de virtud. Esto es ya para personas que traen cuidado de sí, y tienen entendido no han de hablar á Dios y al mundo junto.

3. Lo que podemos hacer nosotras es, procurar estar á solas, y plega á Dios que baste, como digo, para que entendamos con quién estamos, y lo que nos responde el Señor á nuestras peticiones. ¿Pensais que se está callando, aunque no le oimos? Bien habla al corazon cuando le pedimos de corazon, y bien es que consideremos, que somos cada una de nosotras, á quien el Señor dice esta oracion, y que nos la está mostrando. Pues nunca el maestro está tan léjos del discípulo, que sea menester dar voces, sinó muy junto. Esto quiero yo que entendais vosotras os conviene, para rezar bien el *Pater noster*; no os apartar de cabe el Maestro, que os lo mostró. Direis, que ya esto es consideracion, que no podeis, ni aún quereis sinó rezar vocalmente; porque tambien hay personas mal sufridas y amigas de no se dar pena, que como no lo tienen de costumbre, es la recoger el pensamiento al principio, y por no cansarse un poco, dicen que no pueden más, ni lo saben, sinó rezar vocalmente. Teneis razon en decir que es oracion mental, mas yo os digo cierto, que no sé como lo aparte, si ha de ser bien rezado lo vocal, y entendiendo con quién hablamos: y aún es obligacion que procuremos rezar con advertencia, y aún plega á Dios que con estos remedios vaya bien rezado el *Pater*

(1) Quizá, más que el entendimiento, la imaginacion, á la que, por ese motivo, llamaba oportunísimamente Fr. Luis de Granada, *la loca de la casa*.

noster, y no acabemos en otra cosa impertinente. Yo lo he probado algunas veces, y el mejor remedio que hallo es, procurar tener el pensamiento en quién enderezo las palabras. Por eso tened paciencia, y procurad hacer costumbre de cosa tan necesaria.

CAPITULO XXV.

En que dice lo mucho que gana un alma que reza con perfeccion vocalmente, y cómo acaece levantarla Dios de allí á cosas sobrenaturales.

1. Y porque no penseis que se saca poca ganancia de rezar vocalmente con perfeccion, os digo, que es muy posible, que, estando rezando el *Pater noster*, os ponga el Señor en contemplacion perfecta, ó rezando otra oracion vocal, que, por estas vías muestra su Majestad, que oye al que le habla, y le habla su Grandeza, suspendiendo el entendimiento, y atajándole el pensamiento, y tomándole, como dicen, la palabra de la boca, que, aunque quiere, no puede hablar, si no es con mucha pena. Entiende que sin ruido de palabras le está enseñando este Maestro divino, suspendiendo las potencias; porque entónces ántes dañarian, que aprovecharian, si obrasen. Gozan sin entender cómo gozan: está el alma abrasándose en amor, y no entiende cómo ama; conoce que goza de lo que ama, y no sabe cómo lo goza. Bien entiende que no es gozo que alcanza el entendimiento á desearle, abrázale la voluntad sin entender cómo; mas, en pudiendo entender algo, ve que no es este bien que se puede merecer con todos los trabajos que se pasasen juntos, por ganarle en la tierra: es don del Señor della y del cielo, que en fin, da como quien es. Estad, hijas, en contemplacion perfecta, ahora entendereis la diferencia que hay della á la oracion mental, que es lo que queda dicho, pensar y entender lo que hablamos, y con quién hablamos, y quién somos los que osamos hablar con tan gran Señor. Pensar esto, y otras cosas semejantes de lo poco que le hemos servido, y lo mucho que estamos obligados á servir, es oracion mental. No penseis que es otra algarabía, ni os espante el nombre, rezar el *Pater noster* y *Ave Maria*, ó lo que quisiéredes, es oracion vocal; pues mirad que mala música

hará sin lo primero: áun las palabras no irán con concierto todas veces. En estas dos cosas podemos algo nosotros con el favor de Dios: en la contemplacion que ahora dije, ninguna cosa; su Majestad es el que todo lo hace, que es obra suya, sobre nuestro natural. Como está dado á entender esto de contemplacion muy largamente, y lo mejor que yo lo supe declarar en la relacion de mi vida, que tengo dicho escribí, para que viesen mis confesores, que me lo mandaron, no lo digo aquí, ni hago más de tocar en ello. Las que hubiéredes sido tan dichosas, que el Señor os llegue á estado de contemplacion, si le pudiédes haber, puntos tiene, y avisos que el Señor quiso que acertase á decir, que os consolarían mucho, y aprovecharían, á mi parecer, y al de algunos que le han visto que le tienen para hacer caso dél (que vergüenza es deciros yo que hagais caso del mio), y el Señor sabe la confusion con que escribo mucho de lo que escribo. Bendito sea, que así me sufre. Las que, como digo, tuvieren oracion sobrenatural, procurenle después de yo muerta: las que no, no hay para qué, sinó esforzarse á hacer lo que en este va dicho, ganando por cuantas vías pudieren, y haciendo diligencia, para que el Señor se la dé, suplicándosele á Él, y ayudándose ellas, y dejen al Señor, que es quien la ha de dar y no os la negará, si no os quedais en el camino, sinó que os esforceis hasta llegar á la fin.

CAPITULO XXVI.

En que va declarando el modo para recoger el pensamiento: pone medios para ello. Es capítulo muy provechoso para los que comienzan oracion.

1. Ahora, pues, tornemos á nuestra oracion vocal, para que se rece de manera, que, sin entendernos, nos lo dé Dios todo junto, y para, como he dicho, rezar como es razon. La examinacion de la conciencia, y decir la confesion, y santiguaros, ya se sabe ha de ser lo primero: luégo, hija, procurad, pues estais sola, tener compañía. Pues ¡qué mejor que la del mesmo Maestro, que enseñó la oracion que vais á rezar! Representad al mesmo Señor junto con vos, y mirad con qué amor y humildad os está enseñando, y creedme, mientras

pudiéredes, no esteis sin tan buen amigo. Si os acostumbrais á traerle cabe vos, y Él ve que lo haceis con amor, y que andais procurando contentarle, no le podreis, como dicen, echar de vos. No os faltará para siempre: ayudaros há en todos vuestros trabajos; tenerle heis en todas partes. ¿Pensais que es poco un tal amigo al lado? ¡Oh, hermanas! Las que no podeis tener el pensamiento sin divertirnos, acostumbráos: mirad que sé yo que podeis hacer esto, porque pasé muchos años por este trabajo, de no poder sosegar el pensamiento en una cosa, y ésto muy grande; mas si que no nos deja el Señor tan desiertos, que, si llegamos con humildad á pedirselo, no nos acompañe. Y, si en un año no pudiéremos salir con ello, sea en más; no nos duela el tiempo en cosa que tan bien se gasta: ¿quién va tras nosotras? Digo que esto puede acostumbrarse á ello, y trabajar, y andar cabe este verdadero Maestro. No os pido ahora que penseis en Él, ni que saqueis muchos conceptos, ni que hagais grandes y delicadas consideraciones con vuestro entendimiento; no os pido más de que le mireis. ¿Pues quién os quita volver los ojos del alma, aunque sea de presto, si no podeis más, á este Señor? ¿Pues podeis mirar cosas muy feas, y no podeis mirar la cosa más hermosa que se puede imaginar? Si no os parece bien, yo os doy licencia que no le mireis, pues nunca, hijas, quita vuestro Esposo los ojos de vosotras. ¿Háos sufrido mil cosas feas, y abominaciones contra Él, y no ha bastado para que os deje de mirar, y es mucho, que, quitados los ojos destas cosas exteriores, le mireis algunas veces á Él? Mirad que no está aguardando otra cosa, como dice la Esposa, sinó que le miremos. Como le quisiéredes le hallareis: tiene en tanto que le volvamos á mirar, que no quedará por diligencia suya. Así, como dicen, ha de hacer la mujer para ser bien casada con su marido, que si está triste, se ha de mostrar ella triste, y si está alegre (aunque nunca lo esté), alegre: mirad de qué sujecion os habeis librado, hermanas. Esto, con verdad, sin fingimiento, hace el Señor con nosotras, que Él se hace sujeto, y quiere que seais vos la señora, y andar Él á vuestra voluntad. Si estais alegre, miradle resucitado, que sólo imaginar cómo salió del sepulcro os alegrará; mas con qué claridad, y con qué hermosura, con qué majestad, qué victorioso, qué alegre, como quien tan

bien salió de la batalla, á donde ha ganado un tan gran reino, que todo lo quiere para vos. ¿Pues es mucho, que á quien tanto os da volvais una vez los ojos á mirarle? Si estais con trabajos, ó triste, miradle camino del huerto ¡qué afliccion tan grande llevaba en su alma, pues con ser el mismo sufrimiento, la dice, y se queja della! Y miradle atado á la columna, lleno de dolores, todas sus carnes hechas pedazos, por lo mucho que os ama; perseguido de unos, escupido de otros, negado de sus amigos, desamparado dellos, sin nadie que vuelva por Él, helado de frio, puesto en tanta soledad, que el uno con el otro os podeis consolar: ó miradle cargado con la cruz, que aún no le dejaban huelgo. Miraros há Él con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores, por consolar los vuestros, sólo porque os vais vos con Él á consolar, y volvais la cabeza á mirarle. ¡Oh, Señor del mundo, verdadero esposo mio, le podeis vos decir, si os ha enternecido el corazon de verle tal, que no sólo querais mirarle, sinó que os holgueis de hablar con Él, no oraciones compuestas, sinó de la pena de vuestro corazon, que las tiene Él en muy mucho! ¿Tan necesitado estais, Señor mio, y bien mio, que quereis admitir una pobre compañía como la mia, y veo en vuestro semblante, que os habeis consolado conmigo? ¿Pues cómo, Señor, es posible que os dejan sólo los ángeles, y que, aún no os consuela vuestro Padre? ¿Si es así, Señor, que todo lo quereis pasar por mí, qué es esto que yo paso por vos? ¡De qué me quejo, que ya hé vergüenza de que os he visto tal, que quiero pasar, Señor, todos los trabajos que me vinieren, y tenerlos por gran bien, é imitaros en algo! Juntos andemos, Señor: por donde fuéredes tengo de ir; por donde pasáredes, tengo de pasar. Tomad, hijas, de aquella cruz, no se os dé nada de que os atropellen los judios, porque Él no vaya con tanto trabajo: no hagais caso de lo que os dijeren, hacéos sordas á las murmuraciones, tropezando y cayendo con vuestro esposo, no os aparteis de la cruz, ni la dejeis. Mirad mucho el cansancio con que va, y las ventajas que hace su trabajo á los que vos padeceis: por grandes que los querais pintar, y por mucho que los querais sentir, saldreis consoladas dellos; porque vereis que son cosa de burla, comparados á los del Señor. Direis, hermanas, que ¿cómo se podrá hacer esto?

que, si le viéredes con los ojos del cuerpo, en el tiempo que su Majestad andaba en el mundo, que lo hiciéredes de buena gana, y le miráredes siempre. No lo creais, que quien ahora no se quiere hacer un poquito de fuerza á recoger siquiera la vista para mirar dentro de sí á este Señor (que lo puede hacer sin peligro, sinó con tantico cuidado), muy ménos se pusiera al pié de la cruz con la Magdalena, que vía la muerte al ojo. Mas ¿qué debía pasar la gloriosa Virgen y esta bendita Santa? ¿Qué de amenazas, qué de malas palabras? ¿Y qué de encontrones, y qué de sentimientos? Pues, con qué gente lo habian tan cortesana, si lo era del infierno, que eran ministros del demonio. Por cierto que debía de ser terrible cosa lo que pasaron, sinó que, con otro dolor mayor, no sentian el suyo. Así que, hermanas, no creais fuéredes para tan grandes trabajos, si no sois ahora para cosas tan pocas: ejercitándoos en ellas podeis venir á otros mayores. Lo que podeis hacer para ayuda desto, procurad traer una imágen y retrato deste Señor, que sea á vuestro gusto, no para traerle en el seno, y nunca le mirar, sinó para hablar muchas veces con Él, que Él os dará qué le decir. Como hablais con otras personas, ¿por qué os han más de faltar palabras para hablar con Dios? No lo creais, al ménos yo no os creeré si lo usais, porque si no, si faltarán, que el no tratar con una persona causa extrañeza; y no saber cómo nos hablar con ella, que parece no la conocemos, y aunque sea deudo, porque deudo y amistad se pierde con la falta de la comunicacion. Tambien es remedio tomar un libro de romance bueno, aún para recoger el pensamiento, para venir á rezar bien vocalmente, y poquito á poquito ir acostumbrando el alma con halagos y artificio para no la amedrentar. Haced cuenta, que há muchos años que se ha ido de con su Esposo, y que, hasta que quiera tornar á su casa, es menester saberlo mucho negociar, que así somos los pecadores. Tenemos tan acostumbrada nuestra alma y pensamiento á andar á su placer, ó pesar, por mejor decir, que la triste alma no se entiende, que para que torne á tomar amor á estar en su casa, es menester mucho artificio, y si no es así, y poco á poco, nunca haremos nada. Y tórnoos á certificar, que, si con cuidado os acostumbrais á lo que he dicho, que sacareis tan gran ganancia, que aunque yo os la quisiera decir, no sabré. Pues

juntáos cabe este buen Maestro, y muy determinadas á deprender lo que os enseñare, y su Majestad hará que no dejes de salir buenas discípulas, ni os dejará, si no le dejais. Mirad las palabras que dice aquella boca divina, que en la primera entenderéis luégo el amor que os tiene, que no es pequeño bien, y regalo del discípulo, ver que su maestro le ama.

CAPITULO XXVII.

En que trata el gran amor que nos mostró el Señor en las primeras palabras del *Pater noster*; y lo mucho que importa no hacer caso ninguno del linaje las que de veras quieren ser hijas de Dios.

1. Padre nuestro, que estás en los cielos. ¡Oh Señor mio, cómo pareéis Padre de tal Hijo, y cómo parece vuestro Hijo, Hijo de tal Padre! Bendito seais Vos por siempre jamás. ¿No fuera al fin de la oracion esta merced, Señor, tan grande? En comenzando nos henchís las manos, y haceis tan gran merced, que sería harto bien henchirse el entendimiento para ocupar la voluntad, de manera que no os pudiese hablar palabra. ¡Oh qué bien venía aquí, hijas, contemplacion perfecta! ¡Oh con cuánta razon entraria el alma en sí para poder mejor subir sobre sí mesma á que le diese este santo Hijo á entender qué cosa es el lugar á donde dice que está su Padre, que es en los cielos! Salgamos de la tierra, hijas mias, que tal merced como esta no es razon se tenga en tan poco, que despues que entendamos cuán grande es, nos quedemos en la tierra. ¡Oh Hijo de Dios y Señor mio! ¿Cómo dais tanto junto á la primera palabra? Ya que os humillais á Vos con extremo tan grande en juntaros con nosotros al pedir, y haceros hermano de cosa tan baja y miserable, como nos dais en nombre de vuestro Padre todo lo que se puede dar, pues que queréis que nos tenga por hijos, que vuestra palabra no puede faltar: obligasle á que la cumpla, que no es pequeña carga, pues en siendo Padre nos ha de sufrir, por graves que sean las ofensas, si nos tornamos á Él, como el hijo pródigo. Háenos de perdonar, háenos de consolar en nuestros trabajos, háenos de sustentar, como lo ha de hacer un tal Padre, que, forzado, ha de ser mejor que todos los padres del mundo; porque en

Él no puede haber sinó todo bien cumplido, y despues de todo esto, hacernos participantes y herederos con Vos. Mirad, Señor mio, que ya que á Vos, con el amor que nos teneis y con vuestra humildad, no se os ponga nada delante, en fin, Señor, estais en la tierra y vestido della, pues teneis nuestra naturaleza, parece teneis alguna causa para mirar nuestro provecho: mas mirad que vuestro Padre está en el cielo, Vos lo decís, es razon que mireis por su honra, ya que estais Vos ofrecido á ser deshonor por nosotros, dejad á vuestro Padre libre, no le obligueis á tanto por gente tan ruin como yo, que le he de dar tan malas gracias. ¡Oh buen Jesús, qué claro habeis mostrado ser una cosa con Él, y que vuestra voluntad es la suya, y la suya vuestra! ¡Qué confesion tan clara, Señor mio, qué cosa es el amor que nos teneis! Habeis andado rodeando y encubriendo al demonio que sois Hijo de Dios, y, con el gran deseo que teneis de nuestro bien, no se os pone cosa delante, por hacernos tan grandísima merced. ¿Quién la podía hacer sinó Vos, Señor? Al ménos bien veo, mi Jesús, que habeis hablado, como Hijo regalado, por Vos y por nosotros, y que sois poderoso para que se haga en el cielo lo que Vos decís en la tierra. Bendito seais por siempre, Señor mio, que tan amigo sois de dar, que no se os pone cosa delante. ¿Pues paréceos, hijas, que es buen Maestro éste? Para aficionarnos á que deprendamos lo que nos enseña, comienza haciéndonos tan gran merced. ¿Pues paréceos ahora que será razon que, aunque digamos vocalmente esta palabra, dejemos de entenderla con el entendimiento, para que se haga pedazos nuestro corazon con ver tal amor? ¿Pues qué hijo hay en el mundo, que no procura saber quién es su padre, cuando le tiene bueno, y de tanta majestad y señorío? Aun, si no lo fuera, no me espantara no nos quisiéramos conocer por sus hijos, porque anda el mundo tal, que, si el padre es más bajo del estado en que está su hijo, no se tiene por honrado en conocerle por padre. Esto no viene aquí, porque en esta casa nunca plega á Dios, haya acuerdo de cosas destas; sería infierno, sinó, la que fuere más tome ménos á su Padre en la boca; todas han de ser iguales. ¡Oh colegio de Cristo, que tenía más mando San Pedro, con ser un pescador, y lo quiso así el Señor, que San Bartolomé, que era hijo de rey! Sabía su Majestad lo que ha-